DATOS AUTOR

Nombre: **Rafael**
Apellidos: **Lomeña Varo**
E-mail: **eurocamsuite@yahoo.es**
Website: **https://calentamientoglobalacelerado.net**
Título: ***LA TASCA DE FERNÁNDEZ***
Género: ***relato***
Año: 2009

LA TASCA DE FERNÁNDEZ

La tasca de Fernández era un bar lúgubre y sucio de finales del siglo XVIII ubicado en el antiguo barrio sevillano de Santa Cruz, a orillas del Guadalquivir. Era un antro oscuro, la escasa luz arrojada por viejos candiles y velas que poco a poco se consumían en los mugrientos candelabros imprimían al lugar un ambiente funesto.

El humo del tabaco y el rapé mezclado con el olor a fritanga y el aceite rancio de sus fogones originaba una brumosa y densa atmósfera respirable solo por algunos pocos. Por algo decían los lugareños que los niños y las mujeres no podían soportar un ambiente tan cargado, y razón no les faltaba. Sin embargo, nadie podía negar que su vino peleón estuviera entre los caldos más codiciados de gran parte de Sevilla y éste era sin duda el secreto mejor guardado de sus dueños. Parece que alguna mágica e innombrable fórmula acababa atrapando a todos los hombres que cataban su negro morapio.

Desde bien joven y hasta hacía unos años, el viejo Fernández había regentado su bar de forma entregada pero, sin nadie saber cómo, un buen día desapareció sin dejar rastro. Su mujer, Agustina, que hasta entonces había ayudado a su marido en la faena de fogón preparando viandas de cuchara, tuvo que sucederle en el manejo del negocio cuando éste dejó de verse. Nadie supo nunca dónde se había metido el viejo Fernández ni qué le había ocurrido y, cuando algún despistado preguntaba sobre éste a su mujer, Agustina, con gesto indiferente, daba el silencio por respuesta.

Agustina mantenía el bar funcionando pero algo había cambiado desde que su marido desapareciera, ahora ya sólo abría sus puertas al ponerse el sol, fuera invierno o verano. Justo cuando el sol languidecía posándose sobre los tejados de las casas al otro lado del río Agustina abría las dos ventanas del bar y dejaba entornada la puerta de acceso al mismo con una cortina de esparto cubriendo el hueco para evitar que las pesadas moscas se aventuraran hacia dentro del bar atraídas por las fragancias y enjundias de su interior.

Los hombres del lugar solían reunirse al caer la noche en la taberna para beber, fumar, jugar a las cartas y platicar. Otros pocos iban allí solo a saborear el que muchos llamaban el caldo mágico de Fernández, refiriéndose al vino negro que cómo una droga enganchaba a quien osaba catarlo. De cómo se curaba aquel caldo poco se sabía, pero todos eran fieles a su cita en la tasca de Fernández, aunque éste ya no se dejara ver desde hacía años.

Algunos clientes aseguraban que el alma de Fernández seguía allí entre esas paredes amarillentas por el humo del tabaco y el aceite quemado y todos pensaban que en cualquier momento podría dejarse ver por el ventanuco que conectaba la barra del bar con la cocina, y aunque eran ya pocos los que se atrevían a interesarse aún por el paradero del viejo, no era raro que cuando el recio vino empezaba a hacer mella entre los tertulianos alguno de ellos alzara la voz reclamando a Fernández otra ronda. Pero Agustina era dura y persistente al respecto, y callada como una tumba se limitaba a llenar los vasos mientras los hombres seguían en ensimismados entre sus naipes.

Desde el fondo de la barra, cuando Agustina entraba al interior de la vivienda podía entreverse una vieja puerta de madera celosamente cerrada con dos trancos y una enorme cadena con un candado, pero nadie podía saber lo que se hallaba en su interior. Los más lenguaraces habían llegado a afirmar que el cuerpo sin vida de Fernández podría incluso encontrarse en esa habitación, pues

Agustina parecía inquietarse sobre manera cuando alguna vez algún descarado había intentado acceder al interior de la casa por algún motivo o simplemente le interrogaba por aquél habitáculo. Un hecho curioso y que sin duda alimentó las fantasías de los rumores es que al poco de desaparecer Fernández su mujer tabicó una pequeña ventana que comunicaba la misteriosa habitación con la calle trasera del bar.

En invierno, algunos vecinos frecuentaban la tasca hasta altas horas y alguno de ellos juraba haber oído un sonido escalofriante que salía desde la habitación, como si del chirriante movimiento de una vieja mecedora se tratara. Esas mismas noches frías, también afirmaban haber visto a Agustina acceder a la habitación con platos de sopa y otros mejunjes humeantes que ella misma preparaba con esmero. Pese a tanto misterio, absolutamente nadie llegó a saber jamás para quién eran esos alimentos y, cuando algún insensato preguntó por ello solo volvió a encontrar el férreo silencio por respuesta.

Sin embargo, hay un momento que sin duda marco un antes y un después en la misteriosa historia de la tasca. Una calurosa noche de verano, cuando los niños jugaban en la calle incluso hasta bien pasada la media noche, una canica de barro entró por la puerta del bar que se encontraba entreabierta en ese momento, rodando hasta el interior del pasillo de la casa. Mientras tanto, Agustina se encontraba en la cocina preparando algún caldero para el día siguiente por lo que no se percató de la entrada del niño que, siguiendo su canica perdida se coló hasta el fondo del pasillo y, aprovechando que la puerta de la habitación estaba entreabierta, empujó la puerta que Agustina mantenía siempre fuertemente cerrada. Lo que aquel crío vio nadie lo supo jamás a ciencia cierta, pero la palidez y el terror dibujado en su rostro cuando salió del pasillo buscando la salida fue algo que silenció por completo a los presentes de todo el bar. Aquel jovenzuelo, que debía tener unos diez o doce años, salió literalmente blanco y con la mirada perdida,

abandonó el bar ante el silencio sepulcral de los allí presentes y, sin pronunciar palabra alguna, continuó su camino hasta su casa sin detener su paso ni alzar la cabeza.

Muchos dedujeron que ese niño pudo ver a la propia muerte ante sus ojos para quedar tan conmocionado, pues meses después de los hechos el joven aun parecía atemorizado por lo ocurrido y según algunos amigos jamás volvió a ser el mismo muchacho desde entonces. Su madre contó a algunos vecinos que el niño vio a un hombre viejo de figura casi momificada sentado en una mecedora y mientras pisaba la canica con su enorme y roído zapato, hacía gestos con la mano para que el niño se aproximara hasta él.

La historia macabra del niño que estuvo ante la mismísima parca acompañó al bar y a Agustina durante muchos años más y llegó a ser un secreto a voces en todo el barrio que aquella habitación escondía un secreto inconfesable. Todos imaginaban que podía ser la propia alma de Fernández la que allí moraba y que solo la muerte de Agustina podía desvelar tan profundo y macabro misterio.

Y así ocurrió. El día del fallecimiento de Agustina, el alguacil y algunos vecinos entraron a la casa temiéndose lo peor, pero la sorpresa que descubrieron superaba cualquier augurio. No podían dar crédito a lo que vieron. En esa habitación lúgubre, alumbrada por un quinqué que aún permanecía encendido. El cuerpo de Agustina yacía en un jergón de esparto abrazado a una figura momificada, casi esquelética, del que debió ser su esposo Fernández desaparecido y probablemente fallecido 16 años antes y al que la anciana mantuvo en ese estado a base de extraños ungüentos que ella misma aplicaba al cuerpo de su difunto marido con frecuencia, hasta llegar a convertir al difunto en la momia de Juan Fernández Torralba.